

Natsume Sōseki

El caminante

Traducción de Yoko Ogihara y Fernando Cordobés



Alianza editorial
El libro de bolsillo



sATORI

Título original: *Kōjin*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Calle Ginza, Tokio.
© Bettman / Getty Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Satori Ediciones, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-287-5
Depósito legal: M. 5.558-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota al texto
- 11 Personajes principales

- El caminante
- 15 Amigo
- 91 Hermano
- 188 Después del regreso
- 284 Angustia
- 401 Glosario de términos japoneses

Nota al texto

La presente versión española se ha realizado a partir del original japonés de *Kōjin*.

Para la transcripción de los términos japoneses se ha utilizado el sistema de romanización Hepburn, según el cual las consonantes siguen la pronunciación inglesa, y las vocales, la española. Así, la pronunciación del nombre del narrador de la novela, Jiro, sería con una «j» como la del nombre inglés John o el catalán Jordi. Otros términos como «hakama» o «haori» se pronuncian con «h» aspirada. Finalmente, en palabras como «geisha» la «g» es siempre como en «gato».

Se suprimen los diacríticos sobre las vocales largas para descargar el texto de signos ortotipográficos no relevantes en español y así facilitar la lectura.

El significado de todos los términos japoneses se puede consultar en el Glosario al final del texto.

Todas las notas al pie son de los traductores.

Personajes principales

Familia Nagano

EL PADRE: antiguo funcionario del Gobierno ahora jubilado.

LA MADRE: Tsuma.

ICHIRO: hijo mayor y profesor universitario.

JIRO: segundo hijo y narrador de la novela. Trabaja como empleado en un estudio de arquitectura.

OSHIGE: hermana de Ichiro y Jiro.

NAO: esposa de Ichiro.

YOSHIE: hija de Ichiro y Nao.

Otros personajes

OKADA: pariente lejano de la madre que vivió en casa de los Nagano durante su época de estudiante. Actualmente trabaja y reside en Osaka.

OKANE: esposa de Okada.

SANO: amigo y compañero de trabajo de Okada.

OSADA: vive con la familia Nagano como empleada en las labores domésticas.

MISAWA: amigo íntimo de Jiro.

SEÑOR H: amigo íntimo de Ichiro y profesor universitario.

El caminante

Amigo

1

En cuanto bajé del tren en la estación de Umeda, cogí un *rikisha*¹ y fui directo a casa de Okada como me había pedido mi madre. Okada era familia lejana suya, pero en qué grado, era algo que desconocía por completo.

Yo tenía mis propias razones para ir a verlo nada más llegar a Osaka. Una semana antes de venir había quedado en encontrarme con un amigo en la ciudad para subir juntos al monte Koya y, en caso de disponer de tiempo suficiente, llegar hasta Nagoya desde Ise². No sabíamos exactamente dónde reunirnos y fue en ese momento cuando se me ocurrió darle el nombre y la dirección de Okada.

1. Coche tirado por un hombre.
2. Provincia cercana a Osaka.

—En cuanto llegue a Osaka, te llamaré para asegurarme de si has llegado o no —dijo mi amigo antes de partir. Yo no estaba seguro de que Okada tuviera teléfono, por eso le pedí que telegraficara o enviara una nota. Su idea era ir a Suwa por la línea de Koshu y llegar a Osaka pasando por Kiso. Mi plan era coger la línea de Tokaido directo hasta Kioto y parar allí cuatro o cinco días por unos asuntos. Después seguiría hasta Osaka.

Me quedé en Kioto como había planeado y en cuanto terminé con mis obligaciones, impaciente por contactar con mi amigo, cogí el tren y me fui derecho a casa de Okada nada más salir de la estación de Umeda. Mi prisa estaba motivada por mi propio interés y no tenía nada que ver con el encargo de mi madre. Cuando me dijo que fuera a visitarlo, no se olvidó de meter en mi bolso de viaje una enorme caja de dulces. El motivo de su presente era, por supuesto, ese antiguo sentido de cortesía, pero en su mente también albergaba una razón mucho más prosaica.

Soy de ese tipo de personas incapaces de descifrar relaciones de parentesco como la de mi madre con Okada. No tenía un interés especial por su encargo, ni tampoco expectativa alguna. Sin embargo, sí tenía cierta curiosidad por ver a Okada después de tanto tiempo; lo recordaba como una persona plácida de cara cuadrada que desde siempre cultivaba con mimo su mostacho despojado y sufría una inevitable pérdida del cabello. Había ido a Tokio en varias ocasiones para resolver algunos asuntos, pero, por una razón u otra, nunca llegamos a encontrarnos. No había tenido ocasión últimamente de ver su cara sonrojada por los efluvios del alcohol. De camino a

su casa, conté con los dedos de la mano los cinco o seis años que habían transcurrido desde que se marchó, aunque parecía como si hubiera sido ayer mismo. Cuando traté de visualizarlo, pensé que el pelo por el que tanto se preocupaba bien podía haber desaparecido por completo. La realidad era que a Okada le quedaba muy poco, pero su casa, al menos, estaba mucho más arreglada y nueva de lo que nunca hubiera imaginado.

—¿Ves? —dijo—, es una casa un poco deprimente porque me hicieron un muro demasiado alto al estilo *kamigata*³ donde no hacía ninguna falta, pero al menos tiene dos plantas. Sube y echa un vistazo.

Yo estaba más impaciente por saber de mi amigo que por conocer la casa. Le pregunté si sabía algo de él. Me miró con extrañeza y dijo:

—No.

2

Lo seguí al piso de arriba. La vista era realmente hermosa, lo suficiente al menos para estar orgulloso de ella. Sin embargo, un sol abrasador entraba a raudales por las ventanas y calentaba la habitación, que no se podía airear al no disponer de galería. Me fijé en un rollo ornamental colgado en la alcoba y arrugado por el calor.

—No ha sido el sol —se apresuró a explicar—, sino el pegamento que une la lámina a la tela. Se pasa el año entero ahí colgado.

3. Al estilo del construido en Kioto.

Vaya, vaya. Así que ahí estaba el ruiseñor y su ciruelo en flor, me dieron ganas de decir. Era el rollo que le había regalado mi padre el día de su boda. Nada más dárselo, vino orgulloso a mi habitación para mostrármelo. Recuerdo cómo se puso cuando le dije medio en broma: –Créeme, Okada, este Goshun⁴ es falso. Por eso te lo ha regalado.

Mirábamos el rollo recordando aquellos días de antaño y nos reíamos como niños. Sentado en el alféizar de la ventana, Okada se mostraba feliz. Parecía como si nunca fuera a dejar la charla. Me puse cómodo y me quedé en mangas de camisa. Después me tumbé en el suelo y lo escuché hablar sobre la situación de Tengajaya, sobre su futura expansión, sobre la conveniencia o no de tener servicio de trolebús, etc. Escuchaba sin prestar mucha atención a su charla y pensé que había hecho una estupidez al coger un *rikisha* en un lugar por el que pasaba el trolebús. Al final, bajamos de nuevo.

Al poco tiempo volvió la mujer de Okada. Okane-san, como la llamaba todo el mundo, no era especialmente guapa, pero era muy blanca y su piel tenía un aspecto muy suave. A cierta distancia incluso podía resultar atractiva. Era hija de un insignificante funcionario que había trabajado para mi padre y, de vez en cuando, venía a nuestra casa por la puerta de atrás con algunos encargos. Okada era por aquella época nuestro *shoshe*⁵ y dormía, estudia-

4. Seudónimo del pintor Gekkei Matsumura de la Era Edo.

5. Pupilo. Estudiantes que se empleaban en las tareas domésticas de una familia para costearse los estudios.

ba y a veces comía batatas asadas en la habitación contigua a aquella puerta. Así se conocieron, pero lo que nunca llegué a entender es cómo pasaron de esos encuentros al matrimonio. Aunque Okada era pariente lejano de mi madre, en casa se lo trataba como un *shoshei* y por eso las criadas tenían tendencia a sincerarse con él en lugar de hacerlo con mi hermano mayor. Recuerdo haber escuchado en ocasiones a alguna de las criadas decirle:

–¡Okada-san! Okane-san te manda recuerdos. –Como él no mostraba demasiado interés, pensaba que solo era una broma del servicio. Al cabo de un tiempo Okada se graduó en el Instituto de Comercio y se marchó a trabajar a una compañía de seguros en Osaka en la que mi padre le había conseguido un puesto. Más o menos un año después, Okada vino a Tokio por sorpresa y en esa ocasión volvió a Osaka de la mano de Okane-san. Mis padres lo ayudaron a arreglar su matrimonio. Por aquel entonces, yo no estaba en casa, pues iba a subir el monte Fuji y a recorrer el camino de Koshu. Por eso me sorprendió enormemente cuando me enteré de todo el asunto. Al bajar del tren en Gotenba, dio la casualidad de que Okada pasaba en dirección a Tokio para ir a buscar a su prometida.

Okane-san dejó su parasol frente a la celosía y se dirigió a la cocina con un paquete pequeño en los brazos. Parecía un tanto apurada. Tenía la cara roja y un poco sudorosa por haber caminado bajo el sol de aquel día caluroso. Okada le anunció mi visita a viva voz y ella respondió dulcemente desde la otra parte de la casa:

–Ahora mismo voy.

Su voz me recordó inmediatamente a la de la chica que solía coserme el kimono de algodón de Kurume⁶ y la ropa interior de franela.

3

El comportamiento de Okane-san era correcto y tranquilo. No había nada en él que denotara su extracción humilde.

–Lo esperábamos desde hace dos o tres días –dijo con una sonrisa que dibujó una encantadora expresión en sus ojos. No me quedó más remedio que rendirme a su elegancia y a su encanto, muy superiores a los de mi propia hermana. Solo unos minutos de conversación, y me di cuenta de que era lógico que Okada se hubiera tomado la molestia de ir hasta Tokio a buscarla.

Aunque había tratado con ella cinco o seis años antes, cuando aún estaba en plena adolescencia, nunca tuvimos oportunidad de intercambiar unas palabras amistosas. Por tanto, al reencontrarla ahora como la esposa de Okada, no podía comportarme con toda la familiaridad que me habría gustado. Le hablé con rigidez y torpeza, como uno haría con una desconocida de su misma clase social. Okada parecía divertido y complacido a un tiempo por mi actitud. Sonreía y me miraba de vez en cuando. Es más, miraba a su mujer y sonreía también. Ella estaba tranquila y aparentaba no darse cuenta de

6. Ciudad situada al suroeste de la provincia de Fukuoka, en la isla de Kiushu.

nada. Al salir de la habitación, Okada me dio varios golpecitos en la rodilla para llamar mi atención y en voz baja me preguntó socarrón:

–¿A qué vienen tantas formalidades? Ustedes dos se conocen bien desde hace tiempo.

–¡Qué mujer tan fantástica! De haberlo sabido, debería haberme casado yo con ella.

–¡Venga ya! –dijo Okada riendo en voz alta. Luego con un tono más serio añadió–: Pero según parece, usted le habló mal de ella a su madre.

–¿De qué hablas?

–Dijo: «Pobre Okada, tener que llevar a rastras a semejante mujer hasta Osaka. Si hubiera esperado un poco más, le habría encontrado algo mejor».

–Eso fue hace mucho tiempo –acerté a decir un tanto confuso. En ese momento comprendí por qué antes miraba a su mujer con tanta complicidad–. Mi madre me soltó una buena reprimenda y me dijo que un inexperto como yo no podía entender nada. «Tu padre y yo hemos arreglado el asunto de Okada a beneficio de ambas partes. Ocúpate de tus propios asuntos y cállate la boca.» Eso es, ni más ni menos, lo que me dijo en aquella ocasión. De verdad, fue una reprimenda en toda regla.

Exageré al contarle aquel episodio como si aquello sirviera, de alguna manera, para enmendar mi actitud de entonces. Okada se rio aún más. Cuando su mujer volvió al cuarto de invitados, me sentí incómodo.

–A partir de ahora Jiro-san va a hablar maravillas de ti. Deberías agradecersele –observó Okada.

Okane-san me sonrió y le dijo a su marido:

–Eso es por las bobadas que estás diciendo.

Antes de cenar, Okada y yo salimos a dar un paseo por la colina cercana ataviados con nuestras *yukata*⁷. Las casas dispersas y aisladas, rodeadas con sus muros, me recordaron a las afueras de Tokio, más allá de la línea Yamanote⁸. De pronto, me acordé del amigo con el que había quedado en Osaka y me inquieté por no tener noticias suyas.

–Por cierto, ¿tienes teléfono? –le pregunté.

–¡Un teléfono en una casa como esta! –contestó. En su cara se dibujó un gesto de sorna.

4

Era un día de verano y parecía no ir a anochecer nunca. La colina por donde caminábamos seguía inundada de luz, pero los distantes bosques ya se difuminaban en el horizonte y el cielo cambiaba rápidamente de tonalidad. Bajo aquella luz crepuscular miré a Okada:

–Se te ve ahora mucho más alegre de lo que estabas en Tokio. Tienes muy buen aspecto. Eso me alegra...

–¡Vaya! Muchas gracias –dijo Okada. En su respuesta había una nota de alegría.

La cena debía de estar lista, así que decidimos volver. En el camino de vuelta le dije abruptamente:

–Tu mujer y tú parecéis teneros mucho cariño. –Aunque sabía lo que quería decir, debió de tomárselo a broma pues se limitó a ofrecer una sonrisa como única respuesta. Lo cierto es que tampoco lo negó.

7. Quimono ligero de algodón.

8. Línea de transporte circular de Tokio.

Al cabo de un momento, toda su alegría se disipó. Bajó el tono de voz y se sinceró como si murmurase para sí:

–Llevamos cinco o seis años casados, pero todavía no hemos tenido hijos. Eso nos preocupa...

No dije nada. Era de la opinión de que nadie debería casarse solo por el hecho de tener hijos. Pero desearlos después de contraer matrimonio era un hecho insoslayable.

–Supongo que en cuanto uno se ha establecido, desea tener niños –me aventuré.

–Si eso es lo mejor que a uno le puede pasar o no, es algo que aún no puedo decir. Pero, después de todo, una esposa debe tener un hijo, ¿no cree? Si no es así, no me parece que tenga derecho a ser...

En otras palabras: me di cuenta de que Okada deseaba un hijo porque a sus ojos eso convertiría a su mujer en el verdadero modelo de esposa. Tuve ganas de decirle que en el agitado mundo en que vivíamos, mucha gente que deseaba casarse debía posponerlo por el hecho de no poder permitirse tener hijos, pero Okada continuó como si nada:

–Además, nos sentimos muy solos.

–¿Vosotros dos? Por eso sois tan cariñosos el uno con el otro, ¿no?

–¿Acaso tener hijos disminuye el afecto entre marido y mujer?

Hablamos como si conociéramos algo que estaba más allá de nuestra propia experiencia.

Cuando volvimos a casa, la mesa estaba puesta y convenientemente servida con *sashimi*⁹ y una buena sopa. Okane-san se había maquillado discretamente. Nos servía cerveza y de vez en cuando se tomaba la molestia de abanicarme. Cada vez que lo hacía, el aire traía el ligero aroma de su maquillaje. Olía bien, un olor, desde luego, mucho más apetecible que el de la cerveza o el *wasabi*¹⁰.

—¿Bebe siempre tanto en la cena? —le pregunté.

Okane-san sonrió y dijo:

—Es un bebedor insaciable, como puede comprobar.

Lanzó una mirada cargada de intención a su marido.

—No se crea, tampoco me deja beber tanto —replicó él.

Cogió un abanico que estaba a su lado y comenzó a darse aire vigorosamente. De pronto, me acordé del amigo con el que tenía previsto encontrarme.

—¿Señora, no ha llegado un telegrama o una carta para mí de un tal señor Misawa mientras estábamos de paseo?

—Por supuesto que no. No se preocupe. Mi mujer sabe perfectamente cómo hacerse cargo de esas cosas, ¿verdad, Okane? Además, olvídalo ya. ¿Qué más da si viene o no viene ese tal Misawa? —añadió Okada mirando a su mujer.

—Jiro-san, ¿acaso no le gusta mi casa? Lo primero es cumplir con su obligación de solucionar aquel asunto lo antes posible.

Lo dijo mientras me servía más cerveza. Estaba ya bastante borracho.

9. Pescado crudo.

10. Rábano picante.

5

Aquella noche me quedé en casa de Okada. Me acomodaron en la habitación de seis tatamis del piso de arriba donde el aire era insoportablemente bochornoso. Abrí los postigos de las ventanas con cautela para no despertar a la pareja que dormía en el piso de abajo. Me tumbé con la cabeza junto a la ventana y en esa posición pude ver el cielo a través de la mosquitera. Levanté el dobladillo rojo de la mosquitera y saqué la cabeza. Las estrellas brillaban en lo alto. Mientras observaba el cielo nocturno, pensaba en el pasado y en el presente del matrimonio Okada. Sentía cierta envidia de su felicidad conyugal y de sus mutuas muestras de afecto. Al mismo tiempo, me incomodaba el silencio de Misawa, pero pensé que no estaría nada mal seguir allí apoltronado cuatro o cinco días más invitado por esa familia feliz hasta que diera señales de vida. La última de mis preocupaciones era «el asunto» al que Okada había hecho referencia.

A la mañana siguiente, me despertó la voz de Okada que llegaba desde el diminuto jardín situado bajo la ventana.

—Oye, Okane. Este dondiego está floreciendo. Ven a echar un vistazo.

Miré el reloj y me tumbé boca abajo. Mientras llegaba hasta mis oídos la respuesta de Okane-san, prendí una cerilla para encenderme un cigarrillo. No llegaba y Okada volvió a llamarla un par de veces:

—¡Oye, Okane! ¡Okane!

Después la escuché como si estuviera muy cerca: